EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM 12888

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la Península—Un mes, 2 ptas—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses 11'25 id—La suscripción se contará desde 1.° á 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

SABADO 9 DE AGOSTO DE 1902

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras á fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

VINOS FINOS DE MESA DE RIOJA

Bodegas FRANCO-ESPAÑOLAS

Clarel y Royal Clarel (tintos) — LOGROÑO — Diamante (blanco)

Agente en Cartagena: José María Amorós.—Cervecería Austriaca, Andino, 2.

La Kermesse

Repetimos lo dicho al dar cuenta de que cierto número de señoras se habían encargado de la organización de la Kermesse y verbena popular: el festejo que tantas veces se había intentado realizar sin conseguirlo, se celebraría sin grandes dificultades sólo porque lo organizaban las señoras.

Si las ha tenido ó nó, lo ignoramos; pero lo que sí sabemos y lo saben cuantos lo presenciaron anteanoche, es que se ha verificado con brillantez no esperada, que seguramente ha superado las esperanzas de todos, aun las de los más optimistas.

Cuando anteanoche penetramos en el muelle, ignorantes aún de la disposicion que se le había dado al festejo, no se podía dar un paso; mas dejándonos llevar, nos condujo la corriente al extremo de la feria.

Verificábase allí la verbena popular con extraordinaria animación. Menudeaban los bailables tocados por una banda municipal y pretendían aprovecharlos los devotos de Terpsícore; pero no conseguían hendir la masa de gente que llenaba la verbena.

Por los alrededores se hacía imposible dar un paso, pero lo hizo más difícil un tren llegado de los Molinos, vaciando en un momento en la zona de la fiesta el contenido de los doce carruajes que arrastraba.

—Dónde está la Kermesse?—nos preguntábamos esperando que nos la denunciara su alumbrado particular; pero cualquiera es guía en la feria por señales de luz, habiendo tantas. Sería lo mismo que si alguien pretendiera buscar en el occeano una gota determinada.

Dejándonos llevar por el movimiento de la gente, al fin dimos con ella. Estaba brillantísima. Las lindas vendedoras, poseídas de su papel y gozando la satisfacción de hacer una obra buena, se multiplicaban aplicándose cada una á lo suyo. Aquí se vendían las últimas tarjetas postales y los últimos abanicos y se acababa el puesto por falta de existencias; allí se servían helados á buen precio por manos primorosas, más allá una linda vendedora de agua, azucarillos y aguardiente, obsequiaba á dos conocidos concejales con unas copas de chinchón, licor especialísimo del que usa San Pedro en su fiesta onomástica y que anteanoche se vendía en la sucursal del cielo por los propios ángeles, á dos pesetas copa y á más si se podía.

Los concurrentes no debían encontrarlo caro porque se daban prisa á consumirlo.

Las chicas del puesto de torraos y avellanas hicieron su agosto; vendían los kilos por medida: un kilo un puñado. ¡Si Calvo lo supiera! ¡O si lo supieran los tenderos denunciados por usar pesas faltas!

Un caballero pagó dos pesetas por un paquete de tres perras gordas á una cigarrerita y nos dijo que era baratísimo porque procedía del estanco establecido en la gloria, entrando á la derecha.

Las lindas floristas colocaron bien la mercancía. Como la batalla de flores ha dejado tan escasa la flor y los cambios están por las nubes, á las nubes han subido los nardos, las rosas y hasta las dalias. Un nardo valió cien pesetas.

La cervecería realizó bien sus existencias. Cuando la visitamos había en ella un jefe de marina rebosante de satisfacción. Como que por unas miserables pesetas que dió por la bebida le dieron de ñapa una ración de ingenio.

Donde cargó la gente fué en la dulcería. ¡Golosos! Si se hubiesen cobrado las miradas en almíbar y las frases melosas, se quedan los chalecos suspirando.

Las horchateritas muy bien, pero muy bien, poniendo de su parte para que la parte que habían de aprontar al resultado fuese la parte del león.

¿Y la rifa?

Soberbia. El público sacaba las papeletas á puñados; éste diez, aquél quince, el otro veinte. Y mientras el bombo se iba quedando vacío, se llenaba por la ley de las compensaciones la hucha de los desheredados.

¡Hermoso espectáculo el de anteanoche! Un combate librado por mujeres para dar á los pobres un pedazo de pan.

¿Es eso caridad? ¿Es filantropía? ¿Qué importa lo que sea si resulta el bien?

Fusión de almas en un sentimiento. Generosidad contrastada. Galantería puesta al servicio de un fin noble. Obediencia al impulso que lanza por el camino del amor al prójimo.

¿Hay en esto algo de censurable?

Nada, nada. Lo que hay es mucho que alabar.

El bien está hecho.

Y lo han realizado las señoras encargadas de organizar la fiesta, las señoritas que abandonaron su bienestar para hacer un trabajo que no entra en sus costumbres; el público que acudió presuroso para dar su dinero; todos, absolutamente todos los que han concurrido á reunir un puñado de pesetas á los pobres.

ANTES DE LA VELADA

La circunstancia de celebrarse esta noche la Velada Marítima y no publicarse mañana EL ECO, diferiría la publicación de la revista para el tercer día después de la fiesta. Y como para entonces resultaría flambre, nos decidimos á dar un avance de la misma, detallando los elementos que han de entrar en su realización.

Constituyen la base de ese hermosísimo festejo, que sólo aquí se puede celebrar por circunstancias especiales, las embarcaciones contratadas por el Ayuntamiento. Conocemos los planos; ayer hemos visitado el parajo donde se realizan las obras y ahí vá el resultado de nuestra inspección.

Los motivos de las ocho embarcaciones mencionadas son estos:

Barca anunciadora.—Representa un dragón que tira de una nave sobre cuya cubierta se levanta una torre de base cuadrada que sustenta un reloj coronado por una cúpula de farolillos de colores, rematada por un gallardete

En los costados laterales, ó sea los correspondientes á babor y estribor del bu-

Probad el Licororo de HENRI GARNIER y C.ª

pero mi corazón palpita presa del ansia de una respuesta.

—Naturalmente,—contestó mi padre,—es lo que suele suceder después de haber tenido la viruela. Tal vez puedan desaparecer aún las señales; mas por ahora se ven, y se ven perfectamente. Pero de seguro que desaparecerán... positivamente.

Me volví hacia la pared, porque no me sentía tan bien como de costumbre.

XV

Una semana después me levanté, y al cabo de dos semanas volví á ver á Hania. ¡Ah! imposible explicar la transformación que había sufrido aquel rostro amable é ideal. Cuando aquella infeliz criatura salió de su cuarto, y por vez primera, como digo, volví á ver á mi idolatrada Hania, sentí que me ponía malo. Yo que había jurado que no demostraría ni sorpresa ni debilidad, quedé como estupefacto. ¡Oh! ¡cuán horriblemente fea estaba!

En este punto se detuvo y se puso á mirarme, como si temiera que sus palabras me hubiesen agitado demasiado débil todavía. Yo permanecía inmóvil, y durante largo rato reinó entre nosotros un profundo silencio.

Concentré mis pensamientos, é hice mudas consideciones sobre esa nueva desventura.